

ral sin religion. Allí donde se quiere enseñar á los niños esa moral elástica, acomodaticia, emancipada de la verdadera religion, bautizándola pomposamente con el nombre de *moral universal*, allí se enseña, quieráse ó no, el ateísmo, y el ateísmo en las almas es la corrupcion en el corazon.

El plan de enseñanza de las escuelas parroquiales, puede, por tanto, reducirse á estos sencillos términos: poner al alcance de los niños, en cuanto lo permite su edad, todo lo que hay de bueno y útil en el gran movimiento intelectual de la época presente, y apartarlos de todo lo malo que brinda hoy día, por todas partes, en mil y mil sistemas tan absurdos como desoladores, una razon delirante, descreída é impii.

No necesito disertar largamente sobre lo que todo el mundo comprende, y es que las escuelas parroquiales son cada día una necesidad social más y más imperiosa. Con solo una mirada que se dé sobre lo que pasa allí donde se elimina por completo el elemento católico de la enseñanza de la niñez ó la juventud, el ánimo se sobrecoje de espanto al presenciar tanta anarquía en las ideas, tanto desenfreno en las costumbres, tantos y tan inauditos atentados y crímenes, que aún son nada, comparados con los que hay que temer para un próximo y horroroso porvenir, si es cierto, como lo es, que la lógica de las doctrinas arrastra forzosamente á traducirlas, cuanto antes, en hechos.

Un hombre ilustre por mil títulos, Mr. Dupanloup, prorumpia, no ha mucho; en estas tremendas palabras: "Miradlo bien. Las letras perecen, la filosofia sucumbe, el buen sentido se pierde en la educacion de la juventud: por todas partes se per-

ciben crujimientos y amenazas de ruinas. Es preciso decidirse á comprenderlo por fin, ó á perecer. La educacion, la educacion! Hé aquí el solo remedio profundo de los males presentes y de los porvenir! Ved ahí la salud posible! El último dique! . . . Por doquiera se grita que atravesamos una crisis! Una crisis! ¿Quién nos asegura que no es una agonía? ¿Quién nos dirá que no somos uno de aquellos pueblos á quienes el profeta de Dios Vivo gritaba en otro tiempo: Despertad y orad, porque el día de vuestra ruina está próximo, y los tiempos se apresuran á llegar? *Juxta est dies perditionis, et adesse festinant tempora*"

Si, señores: la educacion católica de la niñez y la juventud, en concepto del Obispo de Orleans y de todos los profundos pensadores de este siglo, es el único remedio de los presentes males: descúidese este remedio y la sociedad se disuelve para siempre.

Inmensa es, pues, la importancia de la escuela parroquial. Desdeñarla porque á la primera vista no es más que una sala de modesta apariencia, donde hay una reunion más ó menos numerosa de simples niños, pobrísimamente vestidos en su mayor parte, que en medio del bullicio y la inquietud de su edad, repiten mil veces, sin ninguo concierto y en són monótono, las primeras letras del alfabeto, la primera sílaba de una palabra, la primera palabra que se les enseña á leer; desdeñar la escuela, ó mirarla apenas, por que es cosa de niños, es pararse en la superficialidad, y no atender al fondo, al espíritu, á la significacion y á la trascendencia de las cosas. "A los ojos de la fé, ha dicho el Abate Gaume, el niño es un ángel. Todo en él está pidiendo respeto: su imaginacion, de la cual debe apartarse

toda imágen peligrosa; su inteligencia, hecha para la verdad, no debe tener por alimento sino la verdad más pura; su corazon, el cual siendo el santuario de Dios, es preciso que no entre en él ni un hecho, ni un sentimiento, ni una palabra que pueda mancharlo". . . .

Por esa grande importancia de la escuela de niños, y porque sin ésta se realizaria hoy lo que dice la Santa Escritura, como la más severa increpacion: *Y no habia quien partiese el pan que pedian los niños*, la Iglesia de Guadalajara, por conducto de su dignísimo Prelado, suministra abundantemente el pan de la enseñanza católica á la niñez y á la juventud, que lo piden y lo necesitan como nunca, á pesar de los inmensos sacrificios que á la Iglesia le cuestan estos establecimientos.

Es cierto, señores; hoy como nunca se necesita que el principio católico se ponga frente á frente de ese otro principio esencialmente pagano, que cunde con increíble rapidez por todo el mundo y mina y corroe cuanto toca, con el fin de que por entre los escombros de la sociedad cristiana, que intenta destruir, renazcan las cebollas del Egipto, y reinen como hace veinte siglos, los dioses de la lujuria, de la embriaguez y de todas las más abominables pasiones. "No hay, dice el elocuente marques de Valdegamas, mas que dos sistemas posibles de educacion: el cristiano y el pagano. La restauracion del último, nos ha conducido al abismo en que nos encontramos: y de aquí no saldremos ciertamente sino por la restauracion del primero".

Los trece establecimientos de enseñanza primaria en esta capital y San Pedro, en los cuales hay un número que no baja de mil quinientos niños, deben á la

Superioridad eclesiástica toda la vigilancia, todo el celo, toda la prudencia de que es capaz el mejor padre hácia sus hijos; y por fortuna no han sido estériles esos cuidados: varios niños y niñas, de estos planteles, han alcanzado un título de profesores, y muchos otros continúan sus estudios en el seminario; y otros innumerables están dedicados á la industria, al comercio ó á las artes, y de esperarse es que, si son fieles á su conciencia, si no arrancan de su alma las dulces creencias religiosas que hoy perfuman sus corazones y que son su mejor escudo contra tantos peligros que corre la juventud inexperta, llegará un día en que la patria se honre de ver en ellos unos buenos hijos que trabajarán sin descanso, en cuanto á cada cual le sea dado, para levantarla de esta postracion profunda y de este desconcerto espantoso en que hoy yace.

HE DICHO.

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Lic. D. José Joaquín Castañeda.

ILLMO. SR.—SEÑORES:

Por el oído penetra la fé; y sobre el oído obra la palabra del Cristo.

Visos tiene de despropósito el que en una fiesta de la índole de la presente, tan tierna, tan conmovedora, tan práctica yo venga á desenvolver una idea abstracta hablando de la fé. No queráis anticipar un juicio que me sería desfavorable; sed, al contrario, indulgentes para la pobreza de mi entendimiento, de la que nada bueno debéis esperar: y cuando

hayais visto la faz esencialmente práctica bajo que os presentaré la virtud divina que me ocupa; cuando noteis que no me levanto hacia las regiones altísimas y oscuras de la teología, que me son desconocidas: cuando haya logrado transfundir mi pensamiento en vuestras almas, acaso direis:

“Ese orador no va tan descaminado.”

* *

Un grande escritor de nuestros dias ha dicho: “La fé es el instrumento de toda la vida humana”. Conceptuosa y valiente es la frase: profunda la idea que entraña; mas para comprenderla bien, sería necesario presentarla en todo el magnífico desarrollo que su autor le dá, y esto no cuadra con mi situacion actual, en que debo ser muy claro en mis conceptos y muy sóbrio de palabras.

Bien pudiera decirse de la fé, en un sentido figurado, lo que el Aguila de Patmos dijo en sentido propio del Verbo de Dios: es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Es el resplandor que disipa los tinieblas que oscurecen nuestras sendas, cuando de un lado á otro de lo infinito, atravesamos este pequeño istmo que llamamos Mundo. Es el faro que luciendo allá á lo lejos, reclama nuestras miradas, para decirnos cuál es para nosotros el punto de arribada sobre las playas de la Eternidad. En donde no hay fé, todo se hunde: individuos y pueblos; en donde hay fé todo se regenera y enaltece: pueblos é individuos.

¿Queréis verlo?

Era una noche en que el viento impetuoso del desierto, soplando sobre las llanuras de la Galilea, (que un impío tristemente célebre ha llamado el verdadero pais del Cantar de los Cantares), habia barrido hacia el ocaso los nubarrones que entoldaban el horizonte y azotaba las

aguas del pequeño mar de Tiberiades. Mostrábase el cielo tachonado con millones de luceros, cuya vívida lumbré rielaba en las ondas convulsas del lago. En este semecia, á discrecion del viento, una humilde barca pescadora tripulada por los discípulos de Jesus, quien se habia separado de ellos, en la tarde, huyendo de una ovacion que le preparaba el pueblo veleidoso de Palestina: en la barca estaba Cephas.

Hacia la cuarta vigilia de la noche, el viento arrecia y los pescadores, á la pálida luz de las estrellas, miran dibujarse una silhuta humana que avanza en direccion de la barca, andando sobre las móviles aguas del Tiberiades. Los ánimos conmovidos ya por el peligro, fueron embarcados de espanto al ver que se aproximaba lo que ellos creian una terrífica fantasma; pero Jesus les dijo: “No temais, Yo soy”. Cephas, entonces, por un arranque característico, semejante al que lo hizo pronunciar el histórico *non te negabo*, tan prontamente desmentido, díjole: “Si tú eres, Señor, mándame ir á tí sobre las aguas.” Ven le dijo Jesus; y Cephas se lanzó de la barca al mar, cuyas linfas tomaron bajo sus piés, la consistencia del granito; mas la furia del viento aumenta y con ello la fé del Apostol disminuye: esto basta para que se sienta tragar por el abismo, y arrojando un grito de suprema angustia, exclama: Señor, sálvame. Jesus extiende su mano y salva á aquel hombre. Hé aquí hundiéndose, por su falta de fé, al mismo que andando el tiempo y mediante la gracia divina, será la piedra angular del edificio de la fé.

Pero en la ciudad de Capharnaum habitaba un centurion que tenia enfermo, en trance de muerte, un criado á quien amaba sobremanera. Los recursos de la

ciencia eran ya impotentes, y oyendo decir que llegaba Jesus, envió algunos ancianos de Judea para rogarle que salvara á su criado. Jesus los escucha y acompañándose con ellos, iba hacia la mansion del moribundo; pero sabiéndolo el centurion mandó á sus amigos que le dijeran en su nombre: Señor, no te fatigues en venir porque no soy digno de recibirte bajo mi techo, y ni siquiera de ponerme en tu presencia: por eso no he salido á encontrarte; pero dí una sola palabra y mi criado sanará. Lo creo porque en tí miro al Señor del mundo; y si yo, que soy un pobre subalterno, hago mover á mi voluntad á los que tengo bajo mi mando, ¿cómo podria la naturaleza hacerse sorda á la voz de su dueño? Jesus se admiró porque no habia encontrado una fé tan grande en Israel: el enfermo sanó al instante; y mirad al soldado romano arrancando de la Omnipotencia prodigios de su fé.

De los individuos vamos á los pueblos.

Los Césares romanos eran dueños del cetro del universo conquistado por sus armas y corrompido profundamente por su muelle civilizacion. Las costumbres del mundo estaban calcadas sobre la gran prostituta. En todas partes faltaba la fé, si se exceptúa un pequeño rincon del oriente, en que habitaba el pueblo escogido de Dios. Y—cosa extraña!—hasta la fé en el error se habia extinguido, supuesto que los más ilustres filósofos paganos escarnecian en secreto sus místicas divinidades. Mirad ahora el aspecto que ofrecia en el universo la civilizacion romana: el cuadro que os presento no es mio, porque en tal caso, no pasaria de un boceto descolorido; él está trazado por la mano de un escritor notabilísimo. ¿Ni cómo preferiria yo decir mal lo que otro ha

pintado ántes con tan aterradora elocuencia?—Escuchad.

“Fijemos nuestras miradas sobre ese mundo pagano, y no temamos sondear toda la profundidad de la llaga que roía á la humanidad, si queremos apreciar bien el prodigio del remedio que la ha sanado.

Un uso espantoso que... es la prueba mayor del espíritu de crueldad premeditada entre los pueblos más civilizados del politeísmo, es el del espectáculo de gladiadores, clase de hombres compuesta de prisioneros, de esclavos, de malhechores condenados al último suplicio, que se reservaba para ese destino y que se hacia presentar por millares, en inmensos anfiteatros, en donde eran obligados á degollarse unos á otros, para solaz y esparcimiento de personas de todo rango y de todo sexo. Estos espectáculos sangrientos devoraban algunas veces, segun el cálculo de Justo Lipsio, veinte ó treinta mil hombres en el espacio de un mes. Toda Roma, todo el universo pagano se precipitaba á presenciarse esas matanzas, de donde la piedad, aun instintiva, se hallaba desterrada. Los hierros candentes y los latigazos eran empleados para forzar á batirse á muerte al infeliz que ante la espada retrocediera: el pueblo sin entrañas cifraba su gusto en el chorrear de la sangre, en ver horrendas heridas, en escuchar el ronco estertor de la muerte: luego, cuando un herido caía, incapaz de continuar la lid, extendíanse millares de brazos para hacer la señal de que se le rematará, y si pedia gracia, á las más jóvenes damas estaba reservado el placer de dar, con un gesto, la señal de su muerte.... Y á todas estas atrocidades del asesinato iban unidos los refinamientos de la delicadeza, los excesos de la magnificencia, las infamias de la voluptuosidad. Una orquesta

de mil instrumentos mezclaba sus acordes á los clamores del anfiteatro. Cortinajes de púrpura, ondeaban sobre las cabezas de los espectadores, para protegerlos contra los ardores del sol. Esclavos hermosos y jóvenes, despues que un hombre habia muerto, venian á remover con rastrillos el polvo ensangrentado. Juegos de tubos, artísticamente colocados, derramando sobre el espectador un rocío odorífero, refrescaban el aire y desterraban el acre perfume de la sangre. Mosaiicos, bajo-relieves, incrustaciones de preciosos mármoles, encantaban los ojos del espectador. Máquinas de teatro lo arrebatában, durante los intermedios, por la belleza de sus efectos; y para despues. . . . bajo de las arcadas del anfiteatro, señalada con un emblema impuro, una piara de prostituidas tenia establecido su comercio asqueroso, al lado mismo de la sangrienta arena y del Espoliario relleno de cadáveres."

Señores, me detengo aquí porque me falta el ánimo para seguir atormentando vuestros nervios con tales horrores, y el valor para ofender el pudor público, con la relacion de ciertos amores monstruosos, que no tienen un nombre que pueda pronunciarse, que no conocian los brutos por que eran el apanaje de los filósofos, y que sin embargo, constituian el desideratum de las delicias entre los hombres prominentes del gentilismo civilizado, que no tenían vergüenza al decir con elegante frase: *adolescentulis delectamur*.

Si de los pueblos que estan del lado allá del Gólgota, traemos nuestras miradas sobre los que caen del lado acá, prescindiendo de la Germania y de la Isla de los Santos, encontraremos la Francia creyente, grande y próspera, que fué la Francia de Carlomagno y de San Luis; y despues la horrenda Francia descreída de Robes-

piérre y de Carriére: la plebe fabulosamente malvada del Terror y la Comuna.

Mirad, en esta, la horrible sima en que caen los pueblos sin fé.

Peró seguidme y os mostraré un pueblo por ella enaltecido.

En un extremo del mundo, entre el Orinoco y el Rio de la plata, al pié de las Cordilleras, habia un desierto habitado solo por feroces brutos y transitado por hombres tan feroces como los brutos. La planta del conquistador español no habia impreso su huella en aquella tierra, que no abrigaba más que gentiles é indómitos salvajes; pero sonó la hora providencial y mediando el siglo XVII los ínclitos hijos de Loyola descenden el Paraguay, trayendo á los desgraciados idólatras la fé que civiliza; y como por ensalmo, cámbiase todo en un momento. La barbarie cede por completo el puesto á la civilizaci6n cristiana, y bajo el gobierno sabio y paternal de los jesuitas, el índio alcanza una suma de felicidad tan grande, como jamás la habian gozado los pueblos más grandes de la tierra. ¿Rehusais creerme, juzgando que exagero? Escuchad el concierto unánime de alabanzas formado por Charlevoix, Muratori, Buffon, Chateaubriand, Robertson, Rohrbacher, Cantú y Voltaire mismo, en fin, que olvidando un momento su ódio á Jesus, dijo en su Ensayo sobre las costumbres, que el establecimiento de los jesuitas en el Paraguay fué, bajo cierto aspecto, el triunfo de la humanidad.

Despues que he delineado á muy grandes rasgos, alguna de las maravillas de la fé, teneis el derecho de exigirme que os muestre el lazo de union que ata ese destello divino con la fiesta que hoy celebramos. Nada más justo que esa exigencia,

y, al mismo tiempo, nada más fácil que satisfacerla: bástame, para ello, repetir las palabras del Apostol con que dí principio á mi discurso. Por el oido penetra la fé. y sobre el oido obra la palabra del Cristo; He aquí un tema fecundísimo que, aunque magistralmente explanado muchas veces, en circunstancias análogas, yo quisiera poder desarrollar más y más; pero me faltan tiempo y fuerzas: os fatigo. . . . y me fatigo.

Se trata de premiar los adelantos de la niñez, en la instruccion católica y estimular su aplicacion: ¿qué cosa más natural que hablar de la fé? La instruccion católica es la difusion de la fé, en el alma de los niños: es hacerla penetrar allí por el oido: es la enseñanza: es la escuela cristiana: es la fiesta tierna, conmovedora y práctica que estamos celebrando. Esta es, señores, la palabra del enigma: si no acierto á hacerme comprender bien, culpa es solo de mi rudeza, que no me deja alzarme al altura del asunto que manejo.

* *

Es muy pequeño el hombre y su capacidad muy mezquina para abarcar con su mirada el mecanismo divino, empleado por la Providencia para tocarlo todo fuertemente, del un extremo al otro extremo, y disponer ese todo, con una suavidad tan maravillosa y sorprendente, que no se deja percibir el más leve crujido de los resortes que juegan en su mano. Miradlo.

El ilustre Gregorio XVI habia muerto y en 16 de junio de 1846, el noble conde Mastai Ferretti ocupa la silla de San Pedro y se llama Pio IX. Desde ese dia data el pontificado más largo que Roma inscribe en sus anales y quizás tambien, el más fecundo en graves acontecimientos del órden religioso que registra la histó-

ria eclesiástica moderna. Era Pio manso como su nombre; más para conservar incólume el Arca de la Alianza era el Leon de Judá: de su boca salia la apocalíptica espada de dos filos con que despedazó cuantos errores osaron alzarse para mancillar las candidas vestiduras de la Esposa del Cordero. Ahí estan como imperecederos monumentos el Silabus, las declaraciones dogmáticas sobre la Concepcion inmaculada y la Infallibilidad, el Concilio Vaticano. El Católicismo sentia deliquios de ternura hácia su Padre; y, por una parte, en virtud de una ilusion de su amor, y por otra parte, prestando instintivamente algun ascenso á las necias fanfarronadas de la impiedad, que señalaba la muerte de Pio, como la muerte del papado, de tal manera identificó la existencia de uno y otro, que casi estimaba una imposibilidad el fallecimiento del mártir tan amado. Así fué que, cuando en febrero de 1878, ya no pudo dudar de que se hallaba en frente de un cadáver, experimentó espasmos de angustia y dirigió miradas de terror hácia el porvenir de la Iglesia. "*Confiad; Yo he vencido al mundo.*" En efecto, pocas revoluciones habia hecho la tierra sobre sus ejes, cuando sin ruido, sin obstáculos, Leon XIII ostenta enhiesto, sobre el trono de Pedro, el Lábaro de Constantino.

La Iglesia de Guadalajara tuvo tambien sus tiempos de paz y bienandanza bajo el cuidado de un Pastor, portento de sabiduría y acabado modelo de humildad, —mi especial bienhechor, Señores:—Pedro Espinosa era su nombre, y su mision hacer brillar la luz á los ojos avezados á su esplendor, y repartir el alimento de la ciencia divina á los estómagos robustos. Pero un dia, allá en lejana tierra se adormió en el Señor; y la Iglesia viuda se cu-